

Celia

alas y raíces

La personalidad de Celia Sánchez Manduley y su total entrega a la Revolución cubana no dejan de conmovernos ni con el implacable paso del tiempo. Han sido inspiración, una vez más, para mostrar instantáneas de una vida sin espacio para la fatiga.

Esta primera iconografía compila imágenes de la infancia, adolescencia, juventud, la lucha en la Sierra Maestra y la etapa revolucionaria; todo lo cual nos acerca a la Celia de siempre: jovial, vivaz, familiar, compañera, emprendedora, combatiente, sensible, profunda, sencilla e infinitamente fiel y cubana. Acójase el presente volumen, como un valioso álbum de recuerdos y como un testimonio del imperecedero legado de Celia.

Celia alas y raíces



Celia

alas y raíces



Oficina de Publicaciones
del Consejo de Estado



OP

Celia
alas y raíces

Celina

alas y raíces

COMPILADORAS

María del Carmen Remigio Montero
Nelsy Babel Gutiérrez



OFICINA DE PUBLICACIONES
DEL CONSEJO DE ESTADO

CUIDADO DE LA EDICIÓN Belkys Duménigo García

EDICIÓN Olivia Diago Izquierdo

DISEÑO Y REALIZACIÓN Aida Soto-Navarro González

CORRECCIÓN Catalina Díaz Martínez

FOTOS Archivo de la Oficina de Asuntos Históricos
de la Presidencia de la República de Cuba

Los editores de este libro agradecen la colaboración brindada por las especialistas en documentación histórica
Elsa Montero, Yanisleidys Matos y Asunción Pelletier de la Oficina de Historia del Consejo de Estado.

Primera edición: 2011 / ISBN 978-959-274-113-3

ISBN 978-959-7262-XX-X

© María del Carmen Remigio Montero

© Nelsy Babel Gutiérrez

© Sobre la presente edición

Oficina de Asuntos Históricos de la Presidencia de la República de Cuba, 2020

Ediciones Celia

Calle 8, no.210, entre Línea y 11, Plaza de la Revolución,

La Habana, CP 10400, Cuba.

Telf.: (537) 836 8846 / 836 5234

Correo: bel@cubarte.cult.cu

[...]

Para hablar de Celia no puede ser con detalles; cuando se trata de una mujer grande en el pensamiento y en la acción, la grandeza no se detalla.

Ella fue y será la expresión más acabada de la mujer cubana en su época.

Se preocupaba por los pormenores de cada uno de nosotros y en especial por Fidel, por el que siempre estuvo dispuesta a darlo todo, hasta la vida si hubiera sido necesario por salvar su Revolución.

Así es como pienso de Celia, por el privilegio de haber compartido con ella importantes momentos de su actividad durante la lucha insurreccional y después del triunfo de la Revolución.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Juan Almeida Bosque', with a large, sweeping flourish above the name.

JUAN ALMEIDA BOSQUE

19 de julio de 1984



poner título

Celia Sánchez Manduley nació el 9 de mayo de 1920 en el poblado de Media Luna, a orillas del golfo de Guacanayabo, en la actual provincia cubana de Granma. Fueron sus padres el doctor Manuel Sánchez Silveira, médico rural, y Acacia Manduley Alsina, quien falleció cuando la niña tenía apenas seis años de edad.

El cordial ambiente familiar en que creció, libre de rigideces, y la situación relativamente holgada de la familia en aquella época, contribuyeron a que su infancia en Media Luna, donde cursó los estudios primarios, fuese feliz. De pequeña era traviesa, de temperamento inquieto y simpático. Desde muy temprano mostró afición y destreza para el dibujo, la pintura y la cocina, entre otras habilidades.

Algunos de los rasgos más acusados de la extraordinaria personalidad ya siendo adulta, en cuya formación fue determinante la influencia de su padre, le fueron característicos desde la infancia. Su reconocido valor personal fue uno de ellos. En la relación con sus hermanos menores, desarrolló tal sentido de la responsabilidad que la llevó a ser muy exigente, sobre todo, consigo misma, y puede apreciarse también cómo su comprometimiento en la protección y defensa de los más débiles, iba ganando crédito suficiente como para que se acudiera a ella en momentos de incertidumbre. Aquel amor hacia los humildes que justamente el pueblo cubano incorporó a su leyenda desde el inicio mismo de la Revolución, la acompañó desde sus primeros años.

A mediados de la década de 1930, inició sus estudios secundarios en Manzanillo. La graciosa adolescente adquirió rápida popularidad y se rodeó pronto de numerosos amigos y admiradores. El club Guacanayabo la escogió para que fuera candidata a un certamen de belleza y simpatía organizado por la estación de radio local que, al parecer, hubiera ganado si no se hubiese retirado en protesta por manejos poco claros de los patrocinadores del concurso.

La Celia quinceañera es una muchacha menuda y de figura bien proporcionada. Los juegos y actividades al aire libre le habían dado esbeltez al talle y un tono bronceado a su piel lozana. En el rostro de frente alta y facciones finas se destacaban, encendidos y rientes, los hermosos ojos negros. Los que la conocieron en esta etapa coinciden en afirmar que era una muchacha positivamente bonita y en las fotografías que se conservan se aprecia, sin duda, que poseía un atractivo marcado. En todo caso, era más que bonita por su simpatía, su carácter alegre y su dulzura.

Comenzó el bachillerato en el curso 1937-1938, al inaugurarse el Instituto de Segunda Enseñanza de Manzanillo. Al año siguiente, suspendió los estudios como resultado de una disputa pueril con uno de sus profesores, en la que prevaleció la obstinación de su temperamento y una cierta incapacidad para retractarse; ya manifestaba en la adolescencia la firmeza de carácter.

La activa militancia política del doctor Sánchez y el hecho de vivir en una región pionera en la difusión de las ideas del socialismo y uno de los escenarios más importantes de las grandes batallas obreras libradas en el país durante aquellos años de convulsión revolucionaria, permitieron a la joven obtener una visión próxima de la puja entre explotadores y explotados y de los repugnantes manejos de la política cubana de la época.

La estabilidad económica de la familia, residente entonces en una casa alquilada en Manzanillo, experimentó en esos años un apreciable deterioro. Al finalizar 1940, la situación del doctor Sánchez en Media Luna se hizo insostenible, y aceptó la oportunidad que le ofreciera el central Cape Cruz, de Pión, de continuar su labor como médico rural. Junto a su padre partió hacia el remoto lugar de la Sierra Maestra donde madurará la mujer.

La familia Sánchez-Manduley ocupó en Pión la casa destinada al médico del ingenio. El amplio y bonito chalé de madera tenía un espacioso portal y estaba rodeado por un extenso jardín. Celia asumió de hecho la condición de administradora de la casa familiar, responsabilidad que hubo de desempeñar hasta que la llamó el deber de la Revolución. Desde allí, el doctor Sánchez continuó su labor humanitaria y prosiguió su obra tesonera de divulgación de los valores patrióticos de la historia cubana.

Para la joven, el lejano pueblecito en el que vivió los próximos dieciséis años, que a cualquier otra joven llegada de una ciudad bullente como Manzanillo podía parecer desolador, le ofreció un nuevo campo de acción a su vitalidad. Allí creó un grupo numeroso de amigos, con los que

organizaba excursiones a la montaña que la llevaron a conocer la zona como la palma de su mano. En el subir y bajar lomas se fueron ace-rando, aun sin saberlo, el cuerpo y la voluntad de vencer escollos de la futura guerrillera. Y luego, Pión tenía el mar, con sus cayos y canales, sus playas bravías de uvas caletas y el pequeño muelle donde cargaban los barcos el azúcar, que la aficionaron para siempre a la pesca.

Paradójicamente, en este lugar ensanchó sus horizontes intelectuales. La quietud del lugar y la madurez que ya ella alcanzaba, la convirtieron en lectora asidua de la abigarrada y numerosa biblioteca del padre. Comenzó así de manera regular el autodidactismo que hizo de ella una mujer preparada para el universo de complejas y disímiles tareas que después habría de enfrentar.

Por su trayectoria insurreccional, su inteligencia y vasta cultura, y por el cariño y respeto que se le profesaba, el doctor Sánchez se había convertido, de hecho, en el principal dirigente del Partido Auténtico en la zona de Media Luna, Niquero y Pión, donde encabezó la intensa labor de proselitismo y lucha política contra el gobierno del presidente Fulgencio Batista Zaldívar. En estas actividades de su padre, la joven ayudaba; canalizó concretamente, por primera vez y con creciente grado de comprometimiento, sus inquietudes y esperanzas por la solución de los problemas sociales y políticos del país.

En octubre de 1944 asumió la presidencia de la República el doctor Ramón Grau San Martín. Comenzó la etapa de los gobiernos auténticos, la cual se extendió hasta el golpe de Estado de Batista en 1952. Muy pronto, las esperanzas populares en Grau se desvanecieron, su administración estuvo marcada por la más escandalosa corrupción política y administrativa, la entrega servil a los intereses norteamericanos, la división del movimiento sindical, el auge del gansterismo, el recrudecimiento del desempleo y la desesperanza. En esta coyuntura Eduardo Chibás Rivas, quien había sido una figura clave en la victoria grausista de 1944, rompió definitivamente con el autenticismo y decidió fundar,

el 15 de marzo de 1947, una nueva organización política a la que llamó Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Sánchez Silveira fundó la ortodoxia en Pilón, cuyo ejecutivo local presidió. La capacidad organizativa, la simpatía y el dinamismo de Celia coadyuvaron al éxito alcanzado por la ortodoxia en su pueblo durante la etapa previa a las elecciones de 1948. El 20 de mayo de ese año, Chibás, de gira por Oriente como parte de su campaña presidencial, llegó a Pilón y se hospedó en la casa del doctor Sánchez.

Desde hacía algún tiempo, Celia venía padeciendo de una urticaria de carácter muy agresivo. A mediados de 1948 viajó a Estados Unidos para recibir atención especializada. Era de presumir, además, que su organismo reaccionaría favorablemente al cambio de clima. En Nueva York, se reunió con su hermano Orlando, residente en esa ciudad desde 1946, mejoró muy rápido como resultado del tratamiento que le fue aplicado, pero decidió permanecer más tiempo para ver la nieve. En definitiva, su estancia en esa ciudad se prolongó seis meses.

En la joven se unían, desde edad temprana, la fortaleza de carácter y una extrema sensibilidad que la hacía condolerse del sufrimiento ajeno. La miseria, siempre presente a su alrededor, la conmovía y la impulsaba a hacer lo que veía a su alcance para aliviarla. Aquella sociedad había instituido el mito áureo de los Reyes Magos, que tanta ilusión llevaba a una minoría de niños y tanta frustración a cientos de miles de otros. Había que luchar por una sociedad en la que todos los pequeños tuvieran juguetes; pero, mientras tanto, procuró que —aunque fueran los más próximos— recibieran obsequios el Día de Reyes. En función de adquirir fondos para estos regalos, desplegó año tras año una hábil y bien organizada labor. Este bonito empeño posibilitó que, durante mucho tiempo, los niños de Pilón tuvieran Día de Reyes.

Mediante una de las elecciones más fraudulentas que registra la historia de Cuba, Grau dio paso en 1948 a un nuevo presidente auténtico, Carlos Prío Socarrás. Con el nuevo gobierno,

como era de esperar, nada cambió en esencia ni accidente. En todo caso, se agudizaron los males que padecía la república. En los años siguientes, ella siguió colaborando con su padre en la gestión política en favor de la ortodoxia en toda la zona de Pilón. Atenta siempre al acontecer nacional, cerró filas tras la nueva esperanza de gran parte de las masas populares, encarnada en la figura batalladora del llameante líder ortodoxo.

Pero el 5 de agosto de 1951, mientras visitaba La Habana con su padre, Chibás terminó su alocución dominical por radio con su «Último aldabonazo»: el disparo que hirió su vientre. El jueves 16 falleció. Once días de angustia para Celia, pendiente del estado del moribundo; luego la vigilia en la cámara mortuoria y la marcha sombría tras el féretro. La muerte de Chibás deja en ella un frío temblor de desolación.

Apenas siete meses después, Fulgencio Batista se apoderó mediante un golpe militar del Gobierno del país. El golpe de Estado produjo sentimientos de indignación y vergüenza nacionales. Otra vez la muchacha de Media Luna fue sacudida por esa sensación de ira y frustración, seguida de pronto por una innata reacción de rebeldía. Ese mismo día, tomó la decisión de unirse a cualquier cubano que estuviera dispuesto a luchar de frente contra la recién instaurada dictadura.

Entre los principales cabecillas de las facciones en que se había dividido el Partido Ortodoxo tras la muerte de Chibás, solamente Emilio Ochoa Ochoa, Millo, había empleado pasado el cuartelazo una retórica opositora encendida y se había manifestado públicamente por una línea insurreccional contra Batista. A los pocos meses, dio algunos pasos con la intención aparente de organizar un movimiento insurreccionalista de corte conspirativo. Entre estas disposiciones, había solicitado la ayuda del doctor Sánchez, considerado un factor clave en la movilización de las masas ortodoxas en la región del Guacanayabo. Esta zona era idónea para iniciar el movimiento

armado que entonces Millo proyectaba con alguna seriedad.

Para Celia, sin embargo, su padre era una figura demasiado conocida como opositor al régimen y no estaba, además, en buenas condiciones de salud. De ahí que se autopropusiera para organizar la red conspirativa con la garantía de que todo lo que pudiese hacer el padre lo podría realizar la hija. Desde finales de 1952 o principios del año siguiente, empezó a organizar los primeros grupos conspirativos en la costa.

En 1953 se cumplía el centenario del natalicio de José Martí. Un grupo de martianos de la capital tuvo la iniciativa de emplazar un busto del Apóstol en la cima más alta de Cuba, el pico Turquino en la Sierra Maestra, para lo cual solicitaron el inapreciable concurso del doctor Sánchez. Celia se sumó a la empresa; fue de los pocos que estuvieron en el Turquino aquel mediodía del 21 de mayo, en la ceremonia con la que culmina, tras enormes trabajos, la instalación del portentoso monumento.

Otro grupo de cubanos ofrendó a Martí el homenaje de su sangre, ese mismo año del centenario. Al amanecer del domingo 26 de julio, Fidel Castro se lanzó al frente de más de un centenar de jóvenes al asalto del cuartel Moncada en Santiago de Cuba, la fortaleza militar más importante fuera de La Habana, mientras otro grupo de combatientes intentaba la captura del cuartel Carlos Manuel de Céspedes en la ciudad de Bayamo. Las acciones deberían marcar el inicio de la lucha frontal del pueblo contra el régimen tiránico.

El nombre de Fidel Castro no era desconocido para Celia. Desde antes del 10 de marzo, ya el joven ortodoxo se destacaba como uno de los más fogosos voceros del partido fundado por Chibás y un valiente acusador de las inmoralidades y arbitrariedades del gobierno auténtico de Prío. Ahora, la noticia de la acción del 26 de julio galvanizó su espíritu de combate y le hizo renacer una esperanza. Pero al cerrarse las rejas del presidio de Isla de Pinos tras Fidel y los asaltantes del Moncada, parecía cerrado

también, al menos por un tiempo, ese camino de lucha.

Hasta avanzado el año 1954, Celia concentró su atención en la creación de una red clandestina de militantes ortodoxos con vistas a la preparación de condiciones para el recibimiento de Millo Ochoa, quien a la sazón planeaba desde el exilio regresar a Cuba en una avioneta que aterrizaría en Pilon, donde sería esperado y ocultado momentáneamente por ella antes de seguir adelante en su proyecto insurreccional. A la altura del mes de octubre, los preparativos estaban concluidos; pero a principios de noviembre, se enteró de que Millo había regresado a Cuba por Camagüey, y había corrido a esconderse a La Habana, obviamente, sin intención alguna de enfrentarse a Batista. Indignada por la traición del líder ortodoxo, la combativa conspiradora comenzó a actuar por su cuenta contra la dictadura, en espera del seguro estallido que se gestaba en una celda de Isla de Pinos.

La simpatía inmediata que sintió por Fidel y el grupo de asaltantes al Moncada, se convirtió pronto en respeto por su abnegación en la medida en que se fueron conociendo los crímenes horribles perpetrados contra ellos. Al año siguiente, la lectura de la primera edición clandestina de *La historia me absolverá* —en cuya distribución en Manzanillo y la costa participó activamente— le reveló el alcance programático y la energía del movimiento que había tenido su inicio en el Moncada. Ya había recolectado dinero y realizado gestiones diversas en favor de los asaltantes encarcelados. Al plantearse la campaña nacional en favor de la amnistía de los moncadistas presos, contribuyó desde Pilon y Manzanillo con todos los recursos a su alcance.

Entretanto, después del fracaso de la aparatosa insurrección de Millo Ochoa, tampoco permaneció ociosa en sus afanes conspirativos. Por esta época de fines de 1954 y principios de 1955, reagrupó sus contactos clandestinos y creó el llamado Movimiento Revolucionario Masó, en homenaje al general manzanillero de las guerras mambisas Bartolomé Masó. Esta organización,

que no tuvo realmente mucho desarrollo, confeccionó bonos para recaudar fondos y preparó algunas acciones. La experiencia adquirida en esta etapa de trabajo clandestino a lo largo de la costa de Manzanillo a Pílon, le resultó de inapreciable valor cuando llegó la hora de la lucha de verdadera.

Por esta misma época, se relacionó con Pepito Tey [José Tey Saint Blancard] y otros luchadores clandestinos de Santiago de Cuba, que se habían ido nucleando en torno a la jefatura de Frank País García e integrarían, igual que ella y Frank, las filas del Movimiento 26 de Julio en Oriente. En su interés por establecer contacto con Fidel, viajó a La Habana a raíz de la salida de los moncadistas de la cárcel en mayo de 1955, pero no logró su propósito.

Al mes siguiente quedó formalmente constituido en La Habana el Movimiento 26 de Julio, aparato clandestino revolucionario que, bajo la jefatura de Fidel Castro, se convertiría de hecho en la vanguardia organizada de la Revolución. De inmediato inició el trabajo constitutivo en todo el país. Es así como, pasadas pocas semanas, tras una entrevista sostenida en Pílon con Manuel Echevarría Martínez —quien conocía a Celia de Manzanillo y sabía de su manera de pensar, de sus actividades anteriores y de su disposición a un comprometimiento pleno en la lucha contra la tiranía—, aceptó la encomienda de organizar el Movimiento en su zona.

Lo primero fue captar elementos que pudieran componer una estructura básica como punto de partida, para posteriormente seguir ampliando esa base humana. En esta labor primaria fueron de una ayuda decisiva sus anteriores contactos encubiertos y el amplio espectro de relaciones que había logrado establecer en quince años en Pílon, sobre todo, con los trabajadores del central, campesinos de los alrededores, pescadores y otras personas de las capas más humildes, cantera potencial mucho más rica que cualquier otra para un movimiento revolucionario de la proyección del 26 de Julio. Muy rápido, gracias al despliegue de su actividad, surgieron varias células de militantes en la zona.

A la altura de noviembre de 1955, ya tenía estructurado un sólido aparato clandestino en Pílon. Hasta entonces había mantenido relaciones indirectas, a través de los responsables del Movimiento en Manzanillo, con Frank en Santiago y los demás niveles nacionales de dirección. Había ampliado su esfera de contactos en la costa con militantes de Niquero, Media Luna y Campechuela. En sus visitas relativamente frecuentes a Manzanillo, había ido estableciendo vínculos de trabajo con otros cuadros del Movimiento como Micaela Riera Oquendo y Adalberto Pesant González que llegaron a ser sus colaboradores más cercanos.

Un día de enero de 1956, llegaron a Pílon Frank País y Pedro Miret Prieto, encargados por Fidel de evaluar las condiciones de la zona como posible destino de la expedición revolucionaria que para esa fecha ya se preparaba en México. En esta ocasión conoció por fin, personalmente, a Frank, y recibió de manera formal la encomienda de realizar todo el trabajo que fuera necesario para garantizar la entrada sin contratiempos de la expedición que traería Fidel.

Llegado el momento del desembarco de los expedicionarios del *Granma* el 2 de diciembre de 1956 por los manglares cercanos a la playa de Las Coloradas, el Movimiento 26 de Julio, como resultado del esfuerzo directo de Celia, bajo la supervisión de Frank País, había logrado organizar un conjunto de condiciones capaces de garantizar el pleno éxito de los planes de la expedición para el inicio de la guerra revolucionaria en las montañas de Oriente, incluida la preparación de la red de colaboradores campesinos en la zona, la cual desempeñó un papel crucial para la supervivencia del pequeño grupo de expedicionarios que logró llegar a las montañas para iniciar la lucha guerrillera.

Hacia los meses finales de ese año, las fuerzas represivas de la tiranía batistiana habían comenzado a tomar conciencia del papel central que la joven desempeñaba en la actividad del Movimiento en la región. La activa revolucionaria se vio obligada a pasar a la vida clandestina en

Manzanillo, desde donde siguió dirigiendo la labor en esa ciudad y en el resto de la costa.

En la mañana del 2 de diciembre, a la misma hora en que los expedicionarios, hambrientos y debilitados por una semana de penosa travesía, se debatían entre el mangle de Las Coloradas, Celia fue detenida en Campechuela, cuando venía de regreso de una ansiosa vigilia de dos días en espera de la llegada de la expedición. Aunque logró escapar de manera espectacular, no fue hasta el día 4 cuando de nuevo pudo hacer contacto en Manzanillo con el aparato clandestino del Movimiento.

Ya se ha divulgado estrepitosamente la noticia de la muerte de Fidel. Su reacción, característica de su personalidad y confianza, fue negarse a creerla. Ahora la preocupación principal era contactar a toda costa con los expedicionarios, así lo ratificó a sus enlaces en la zona del desembarco. Entretanto, le era imperativo discutir con Frank el curso a seguir. Con tal fin viajó disfrazada a Santiago. De regreso a Manzanillo, a lo largo de estos días de angustiosa indefinición, la seguridad que transmitió sobre la suerte de Fidel inyectó optimismo a todos los cuadros del Movimiento.

No fue hasta el 19 de diciembre que recibió la confirmación de que Fidel no solo vivía, sino de que estaba a salvo en manos seguras. Ese mismo día se dio a la tarea de preparar el primer envío de ayuda a la guerrilla, el cual trasladaron unos días después tres de sus más cercanos colaboradores manzanilleros y al que seguirían otros antes de finalizar ese mismo mes. El 30 de diciembre, apenas pasados once días de haber confirmado la supervivencia de Fidel, despidió de Manzanillo el primer grupo de militantes del Movimiento que había organizado como refuerzo del destacamento guerrillero, compuesto por once combatientes.

Durante estas primeras semanas de lucha, fue notable su dedicación a la importante labor de aseguramiento al destacamento guerrillero. Fue tal el grado de entrega en esta tarea y la eficiencia con que logró emprenderla, que muy pronto

se convirtió en un punto de apoyo crucial de la guerrilla, y Manzanillo, en la retaguardia principal del Ejército Rebelde. Celia era la principal vía de comunicación y contacto.

Recién amanecido el sábado 16 de febrero de 1957, en un bosquecito al fondo de los potreros de la finca de Epifanio Díaz, en las estribaciones de la Sierra Maestra, se produjo su encuentro con Fidel. Hasta aquí había llegado con Frank País, como avanzada del grupo que subiría al día siguiente para acompañar al periodista norteamericano Herbert Matthews y para efectuar la primera reunión de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, ya iniciada la guerra.

El próximo día, tras la partida del norteamericano, se ratificaron en la reunión con Fidel las cuestiones discutidas el día anterior, referidas a los preparativos para el envío de un contingente armado de refuerzo y a las medidas que Celia debía tomar en Manzanillo para garantizar el recibimiento y ocultamiento de estos hombres. Regresó a la ciudad a la noche siguiente, investida ya de la condición de miembro de la Dirección Nacional del 26 de Julio. A partir de ese momento se dio a la tarea de preparar las condiciones para el recibo, organización y envío del grupo de refuerzo.

La concentración de estos combatientes se efectuó en un tupido monte de marabú situado a 10 km de la ciudad y a menos de 500 m de la cárcel de Manzanillo. Celia desplegó una actividad infatigable durante los días en que mantuvo el campamento del marabusal. No solo estuvo al tanto de todos los detalles del traslado de combatientes y pertrechos, del acopio de suministros, de la atención a las necesidades de los más de cincuenta hombres concentrados allí, sino que participó directamente en todo el trabajo que se realizó hasta la salida del refuerzo hacia la Sierra.

Fue posiblemente en esta etapa de su vida clandestina cuando se dispuso a asumir la condición de albacea documental de la Revolución. Inmersa en la historia, de la que se había convertido también en hacedora, imbuida desde la

infancia en el acontecer de la patria, advirtió enseguida que le había tocado ser parte activa en el capítulo sin duda más trascendental de esa historia, y supo reconocer a tiempo la necesidad de dedicar atención, junto a las apremiantes tareas que planteaba cotidianamente la lucha, a salvar el testimonio documental de ese momento. Hoy es posible reconstruir el relato minucioso y veraz de aquellos años gracias, en gran medida, a su certera visión, a su agudo sentido de la historia, a su celo febril y pasión obsesiva por conservar hasta la más diminuta nota.

A finales de abril, subió de nuevo a la Sierra, esta vez acompañando al periodista Robert Taber y al camarógrafo Wendell Hoffman. Su estancia no fue tan fugaz, pues Fidel le planteó que no era necesario que regresara, ya que de momento no había nada urgente en Manzanillo. Se integró a la escuadra de la comandancia, y muy pronto comenzó a ganarse por derecho propio un lugar en la guerrilla. Fue la época de las grandes caminatas, de la primera subida al Turquino, de la extensión de la presencia guerrillera a nuevas zonas de las montañas orientales.

No pocos combatientes pensaron que la muchacha no soportaría las penalidades de la vida guerrillera en la montaña, o que significaría un estorbo para la movilidad y el desenvolvimiento general de la tropa. Tampoco fueron pocos los que, muy rápido, se dieron cuenta con asombro de que se había incorporado un combatiente más, capaz de resistir con tanta o mayor entereza que muchos de los hombres cualquier esfuerzo o sacrificio impuesto por el medio agreste de la Sierra, y capaz, también, de inyectar en la dura vida cotidiana del monte toda la ternura y belleza de que puede ser portadora una mujer.

Desde esos primeros días de mayo de 1957, fue para los combatientes la compañera, la amiga, la hermana, la madre en muchos casos. Desde esos primeros días, se ganó el respeto y el cariño que, hasta su muerte, sin excepción alguna, le profesaron todos los rebeldes.

Su condición de combatiente activa la ratificó al mes, el 28 de mayo, al participar con una ca-

rabina M-1 en el asalto al cuartel de Uvero. Allí dio la primera demostración de que, como ya había previsto Fidel desde el principio, la mujer era capaz de combatir junto al hombre con el mismo valor e idéntica serenidad.

Luego de algunos días de este combate, por decisión de Fidel bajó de nuevo al llano para llevar información directa del desarrollo alcanzado por el Ejército Rebelde y sus potencialidades combativas. En este viaje debió volver a organizar la infraestructura de apoyo a la guerrilla en la zona de Manzanillo, que se había ido debilitando desde su subida a la Sierra en el mes de abril. Fue la etapa de mayor peligro físico para su vida. Para otra persona de menos temple y serenidad, la situación en Manzanillo hubiera sido insostenible, ya que la persecución contra ella era cada día más feroz. Y lo cierto es que no puede decirse que se cuidara mucho durante estos meses, a pesar de las admoniciones en ese sentido de Frank y de Fidel. Su sentido del deber, su responsabilidad ante la tarea que tenía asignada, fueron más fuertes que cualquier otra consideración relativa a su seguridad personal.

El foco principal de su atención y su gestión en todo este periodo siguió siendo el suministro y apoyo a la Sierra. Para esta época, se había desvinculado casi totalmente de la actividad general del Movimiento en Manzanillo para dedicar todos sus esfuerzos al aseguramiento de la lucha guerrillera. Ese había sido uno de los acuerdos de las reuniones de febrero, pero su materialización no había sido fácil. Todavía a finales de junio, Frank le insistía en la necesidad de que responsabilizara a los encargados de los distintos frentes del Movimiento con el desarrollo de sus planes respectivos.

El 30 de julio de 1957, Frank cayó asesinado bajo el cielo blanco de Santiago. La noticia de su muerte fue uno de los golpes más terribles que experimentara Celia en toda su vida. Era inmenso el respeto que llegó a sentir hacia la persona y la autoridad de Frank, a tal punto que nunca cuestionó, ni siquiera en privado, sus decisiones u orientaciones aun cuando no hubiese estado

plenamente de acuerdo con alguna. Frank, por su parte, no ocultaba la admiración y cariño que sentía por ella. No es casual el hecho de que sus nombres estén vinculados de manera tan estrecha. Los unió, ante todo, su dedicación apasionada a la lucha y su lealtad a Fidel, así como su atención primordial a las tareas de apoyo a la lucha guerrillera. De ahí que Fidel escribiera poco antes de la muerte de Frank: «En cuanto a la Sierra, cuando se escriba la historia de esta etapa revolucionaria, en la portada tendrán que aparecer dos nombres: David [Frank] y Norma [Celia]».

El 11 de septiembre por la noche, llegó a la casa donde Celia estaba escondida el práctico que traía la encomienda de llevarla a un nuevo encuentro con Fidel. Pocas horas antes, las fuerzas represivas habían detenido al doctor Sánchez Silveira y existía el peligro bien concreto de que fuese asesinado. Ella estaba en la preparación frenética de un plan para la fuga de su padre cuando llegó el emisario. El aviso la colocó ante una disyuntiva dramática, pero la decisión de partir hacia la Sierra era previsible. Sin embargo, para esa fecha, Fidel se movía al este del Turquino, muy lejos de donde Celia se encontraba, y el proyectado encuentro no pudo tener efecto. El día 19, estaba de nuevo en Santiago, en la que sería su última visita a esa ciudad antes del triunfo revolucionario; el 22 regresó a Manzanillo.

Quienes convivieron con Celia en alguna de las más de veinte casas que le sirvieron de refugio durante su etapa clandestina en Manzanillo coinciden en evocarla en constante actividad a toda hora del día y de la noche. No es difícil imaginar que, para una persona de temperamento inquieto, hubo de ser dura la disciplina de la vida oculta; y luego, la mordida de la soledad, la falta de contacto y a veces hasta de noticias de su padre, su familia y sus seres más queridos. Por eso, con la justificación de los muchos contactos que debía realizar, rompía su encierro y se lanzaba a la calle ingenuamente disfrazada. Que ella estaba y se movía en Manzanillo, nunca fue

secreto para el enemigo. Su actividad en estos días rayaba en lo temerario, pues no había garantía alguna de que las personas a las que acudía para solicitar dinero u otra ayuda no se presantaran para tenderle una trampa y hacerla caer en manos de sus perseguidores y seguros verdugos. Pero la firmeza y la lealtad de los combatientes y colaboradores manzanilleros fue la garantía mejor para su seguridad y para el desarrollo de sus actividades. De todas maneras, la situación se tornaba cada día más insostenible. A mediados de octubre de 1957, partió una vez más de Manzanillo en dirección a la Sierra, esta vez ya para quedarse en la montaña.

Celia encontró en el lomerío los principios de una serie de estructuras colaterales a la organización estrictamente militar de la fuerza rebelde de combate. Ya había médicos trabajando junto a las columnas guerrilleras, escuelas en varios puntos, auditores designados para atender los asuntos disciplinarios y otras cuestiones judiciales, instalaciones permanentes dedicadas a resolver necesidades diversas de la tropa e, incluso, de la población civil campesina. Su incorporación definitiva impulsó, en la Columna 1, este proceso embrionario de creación de estas infraestructuras. A partir de su llegada, asumió, siempre junto a Fidel y bajo su dirección inmediata, la importantísima función de organizar todos los aseguramientos rebeldes: parque, comida, ropa, medicinas y demás artículos necesarios para la lucha y la subsistencia en las duras condiciones del monte. Al poco tiempo, en virtud de su dedicación a esta tarea, su sentido de la organización llevado hasta los más insignificantes detalles y la eficiencia con que desarrolló esa actividad, se convirtió de hecho en el centro coordinador y ejecutor de todo el trabajo de retaguardia en el territorio guerrillero.

Permaneció junto a Fidel durante todo el desarrollo de la frustrada ofensiva de invierno enemiga, convertida ya en su brazo derecho y auxiliar insustituible. Desde su regreso a la Sierra, había continuado atenta a la labor de conservación y custodia de los documentos relacionados

con la lucha. Para ella no era suficiente tener sobre sus hombros la responsabilidad logística de la tropa guerrillera, la atención cotidiana y directa a las necesidades más disímiles de Fidel —desde papel y pluma para escribir hasta un calmante para el dolor de muelas— y el cuidado de la documentación, tareas cada una de ellas que hubieran bastado para ocupar el tiempo y la energía de cualquier otra persona.

A todo esto, añadió desde el primer momento una acción humana permanente junto a cada uno de los combatientes rebeldes y cada familia campesina. La capacidad de establecer comunicación íntima con la gente del pueblo, la identificación con sus aspiraciones, inquietudes y problemas, el afán por aliviar las necesidades materiales y espirituales del campesino serrano, fueron rasgos peculiares de esa acción humana en la Sierra que hicieron de ella, muy pronto, el principal agente individual de relación entre el campesino y la guerrilla. Particular atención ponía a los problemas de las mujeres, tanto de las campesinas como de las combatientes que se iban incorporando de manera permanente a la tropa rebelde.

A principios de marzo de 1958, participó en las discusiones de la Dirección Nacional del Movimiento efectuadas en El Naranjo como parte de los preparativos de la huelga general revolucionaria, a la que convocaría el 26 de Julio a toda la nación. El 3 de mayo, de nuevo estuvo presente en la reunión de la Dirección Nacional que se efectuó en el alto de Mompié, en la que se analizaron las razones del fracaso de la huelga general del 9 de abril, y se tomaron un conjunto de decisiones políticas y organizativas destinadas a fortalecer la acción del Movimiento y buscar la unidad efectiva de todas las fuerzas revolucionarias.

Para este momento, la atención principal de Fidel estaba centrada en la organización de las defensas, el acopio de recursos y la elaboración de los planes para resistir la gran ofensiva que urde cuidadosamente el enemigo contra el núcleo central del Ejército Rebelde. La participa-

ción de Celia en toda esta labor con vistas a la ofensiva enemiga, fue crucial. Los meses de abril y mayo de 1958 fueron para ella los de trabajo más intenso en la Sierra y marcaron también otra fase culminante de su vida revolucionaria. No es exagerado afirmar que, en todo este periodo anterior a la gran ofensiva enemiga, Fidel contó con dos lugartenientes: Che y Celia.

Por esta época, ya transcurrido año y medio de lucha, se ubicó de manera permanente la comandancia general del Ejército Rebelde en La Plata. Celia estaba estrechamente ligada a su creación. A ella se debió la singular solución de integrar las casas al monte de tal forma que jamás la constante observación aérea del enemigo pudo descubrirlas, aun cuando contaba con informaciones relativamente exactas acerca de la zona en que se hallaban. Diseñó cada una de las instalaciones, decidió su emplazamiento e ideó las soluciones constructivas. Fue, finalmente, quien sembró los mantos y las flores, quien pensó en escalones y barandas, quien introdujo en ese medio agreste decenas de detalles de belleza y sensibilidad que aún hoy causan asombro al visitante.

Lo más admirable en esta etapa de su vida no fue quizás el trabajo febril y eficaz que realizó, sino la entereza de hacerlo sabiendo que su padre se moría y que no tendría la posibilidad de verlo por última vez, porque se la había negado a sí misma para cumplir con su deber. El doctor Sánchez, en efecto, había comenzado desde algún tiempo atrás a padecer los efectos de una neoplasia pulmonar. El 24 de junio de 1958, en pleno apogeo de la ofensiva enemiga, le llegó la muerte en el hospital habanero Calixto García.

Celia participó en los trabajos de organización de la primera asamblea campesina que tuvo lugar durante la guerra, efectuada en las Vegas de Jibacoa el 25 de mayo de 1958, y estuvo en esta reunión de más de 300 caficultores con Fidel, en la que se discutieron medidas que debían tomarse para garantizar la cosecha de café en vista de la anunciada ofensiva. Ese mismo día, a poca distancia de allí, comenzó la batalla, que

no concluyó sino 72 días después, con la total derrota del último gran esfuerzo enemigo. El ejército de la tiranía abandonó la montaña para no volver jamás.

Una vez comenzada la ofensiva, permaneció aún en las Vegas de Jibacoa hasta los primeros días de junio, organizando la recogida y traslado de todos los suministros acumulados ante el peligro de avance del enemigo. El día 5 recibió la orden de Fidel de subir al firme de la Maestra. Se trasladó a La Plata, donde permaneció varios días junto a Fidel ayudándolo en la redacción de mensajes y recepción de los partes de las líneas de combate, hasta que decidieron ambos que su presencia era más necesaria en Mompíe como centro de enlace entre la comandancia y el sector noroeste de la defensa rebelde. El 8 de julio Fidel la mandó a buscar de nuevo. A partir de ese momento lo acompañó otra vez y se hizo cargo del funcionamiento del puesto de mando instalado en el alto de Caguara durante el desarrollo de la batalla de El Jigüe.

Concluyó la batalla con la rendición de la tropa enemiga en la madrugada del 21 de julio, y Celia regresó a La Plata. A partir del día 31 se mantuvo junto al jefe rebelde, que había instalado su nuevo puesto de mando en Jobal Arriba, desde donde podía seguir el desarrollo de la batalla de Las Mercedes y mantenerse en contacto rápido con los capitanes en la línea de combate.

Para Celia, los tres meses que transcurrieron entre el término de la ofensiva enemiga y el inicio del empuje rebelde final en dirección a Santiago de Cuba, no representaban un cambio apreciable en la carga de responsabilidades y tareas suyas. Ahora, si se quiere, el trabajo se multiplicó en la medida en que se hizo necesario atender el cúmulo de problemas que planteaban la existencia de un vasto territorio definitivamente liberado y el crecimiento de las filas y la infraestructura rebeldes.

La permanencia estable de Fidel en La Plata la obligó a estar al tanto del funcionamiento de la comandancia en sus más mínimos detalles. Por otra parte, era mayor ahora la cantidad de

campesinos y visitantes que querían ver al jefe rebelde o plantear alguna petición, y era ella quien debía atender todos los casos y tratar de canalizarlos. Esta tarea adquirió una magnitud tal, que determinó la creación, a principios de septiembre, de un aparato dedicado al manejo de la vida económica y social del territorio controlado por el Primer Frente: la Administración Civil del Territorio Libre.

De septiembre también data la constitución del pelotón Mariana Grajales, que agrupó, por primera vez en calidad de combatientes activas, a muchas mujeres incorporadas a la tropa que, hasta ese momento, realizaban funciones de costureras, auxiliares de los médicos u otras similares. Aunque Celia no integró formalmente las filas del pelotón femenino, las «Marianas» la consideraron siempre como la primera de ellas.

El 11 de noviembre, salió con Fidel de La Plata en la primera jornada de la marcha que los conducirá hasta Santiago de Cuba y la victoria. El día 18, llegaron a la zona de Guisa y Fidel comenzó a disponer las fuerzas rebeldes que participarían en la batalla que había decidido librar en ese lugar. A lo largo de los diez días de combate, se hizo cargo de la organización y funcionamiento del puesto de mando que se estableció cerca de Santa Bárbara. vivieron jornadas de insomnio, tensión y actividad incesante, que culminaron con la gran victoria rebelde que significó el primer golpe definitivo al enemigo en esta campaña final.

A partir del 4 de diciembre se dedicó de nuevo, con su habitual obsesión por los detalles, a garantizar las condiciones en la nueva comandancia transitoria establecida en La Rinconada, entre Baire y Jiguaní. El día 20 se trasladó con Fidel al central América en Pilón. Por primera vez en toda la guerra se asentaron fuera del monte. Los acontecimientos se precipitaron, y Celia, al igual que Fidel y todos los que lo rodean en estos días previos a la victoria, no durmió por el trabajo agitado y la excitación.

Cada día que pasaba era más evidente el próximo colapso militar de la tiranía, como re-

sultado de las acciones rebeldes en Oriente y Las Villas. El 28 de diciembre tuvo lugar la entrevista de Fidel con el general Eulogio Cantillo, del ejército de la tiranía, en el central Oriente. Celia estuvo presente. Allí se acordaron las condiciones para la terminación de la guerra, que luego traicionará el general Cantillo. Durante los últimos tres días del año, acompañó a Fidel en el nuevo puesto de mando instalado en el central Palma, y en las reuniones que se efectuaron allí y en la loma del Escandel.

En la madrugada del 1.º de enero de 1959 se produjo la fuga del tirano y comenzó a desenvolverse en La Habana la maniobra urdida por Cantillo para escamotear el triunfo revolucionario. De nuevo junto a Fidel, siempre útil, siempre necesaria, siempre incansable, allí estuvo cuando el jefe de la Revolución se dirigió por la radio a todo el pueblo desde Palma Soriano, y lo convocó a la huelga general al grito de: «Revolución, sí; golpe militar, no». Esa noche, al lado de Fidel, entró a Santiago con las columnas rebeldes victoriosas.

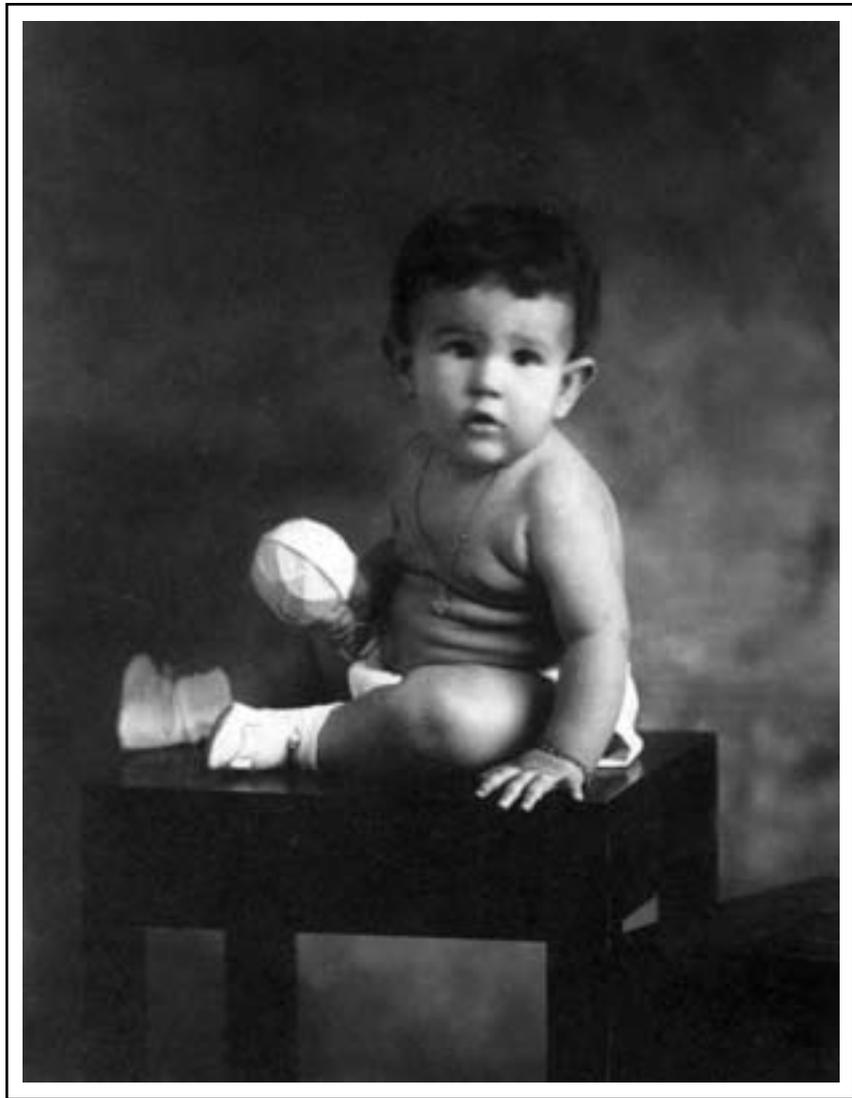
La victoria de enero de 1959 proyectó a una nueva dimensión las responsabilidades que habían pesado sobre ella en la Sierra. Se había ganado la guerra, pero comenzaba la etapa más dura e ingente de la Revolución, ahora en el poder. Trabajadora incansable, desde el primer momento emprendió las nuevas tareas apenas sin solución de continuidad, con el mismo espíritu y voluntad que había manifestado hasta entonces.

Llamada en aquellos días iniciales a ocupar una posición pública relevante en el primer gabinete revolucionario, prefirió continuar desempeñando junto a Fidel el trabajo callado y crucial al que no escatimó un solo ápice de energía hasta el momento de su muerte. A partir del triunfo revolucionario, desempeñó tantas y tan diversas tareas; asumió tantas funciones y responsabilidades, intervino en tantas cuestiones, tantas preocupaciones embargaron su atención, a tantas necesidades dio respuestas e impulsó y creó tantas obras, que sería difícil intentar siquiera

construir un inventario escueto de todas ellas. A unos meses del triunfo revolucionario, fue designada secretaria de la presidencia que, en 1976, tras la reorganización administrativa determinada por la nueva Constitución del país, pasó a denominarse secretaria del Consejo de Estado, único cargo oficial que ocupó hasta su muerte.

En definitiva, esto no sería tampoco lo más importante. La principal contribución a la Revolución Cubana en el poder no puede aprehenderse dentro de una hechología, por muy minuciosa que esta sea, porque lo fundamental de su aporte hasta su muerte el 11 de enero de 1980, no está en los cargos que ocupó ni en el trabajo que realizó desde ellos; no está en las múltiples obras que ejecutó ni en los innumerables planes y proyectos que materializó. Lo esencial de Celia en la Revolución es una presencia: presencia de autoridad, energía y dulzura; de sensibilidad humana y estética; de íntimo contacto con el pueblo; de acendrada modestia; de dedicación absoluta; de austeridad e intransigencia; de vital alegría; presencia de disciplina, lealtad y espíritu revolucionario. Su contribución capital fue su ejemplo de mujer, de cubana, de luchadora, de revolucionaria, de comunista, de fidelista.

*Infancia
en Media Luna*
1920-1934



En un estudio fotográfico en Manzanillo, 1921.



En brazos de su madre Acacia a los nueve meses, en el patio de su casa de Media Luna, 1921.



Con sus hermanos. De izquierda a derecha Graciela, Manuel Enrique, Griselda en brazos de Silvia, Flavia y Celia. Estudio fotográfico La Mexicana, Manzanillo, 1924



A la entrada de su casa en Media Luna, con su padre y hermanos: Silvia, Griselda, Manuel Sánchez, Celia, Manuel Enrique y Graciela, 1924



Los pequeños de la familia Sánchez-Manduley: Celia, Graciela, Silvia, Manuel Enrique y sentados Flavia, Orlando y Griselda. Estudio fotográfico La Mexicana, Manzanillo.



Con sus hermanos Manuel Enrique y Flavia, en Media Luna, 1926.



Junto a Flavia en el estudio fotográfico La Mexicana, Manzanillo, 1926.



Las hermanas en el patio de la casa, Media Luna, 1927.



Algo acapara la atención de Celia y sus hermanos Orlando, Manuel Enrique, Griselda y Acacia y el amigo Randol Cossío, Media Luna, 1927.



En el estudio fotográfico La Mexicana, Manzanillo, 1927.



Celia con sus hermanos Graciela, Manuel Enrique Acacia y los más pequeños: Acacia, Flavia y Orlando, 1928.



Graciela y Celia en los extremos. Flavia y Acacia se han apoderado de la ventana, Media Luna, 1929.



Detrás, sonriente, Silvia la hermana mayor, con las amigas Ángela Llópiz y Cira Escalona y su hermana Graciela; delante Griselda, Celia y Flavia, Manzanillo, 1928.



Manzanillo, 1932.

Adolescencia en Manzanillo

1934-1937



Grupo de amigas de Celia conocido por Los Pavitos en el Instituto de Segunda Enseñanza de Manzanillo, 1936.



Con su hermana Graciela y un grupo de amigos, Club Diez, Manzanillo, 17 de agosto de 1936.



Junto a la amiga María Luisa Abilleira y Yolanda Manduley, su prima. Estudio fotográfico La Mexicana, Manzanillo, 1937.



En Manzanillo, 1937.

*Juventud en Pilón
y primeras
inquietudes políticas
1938-1955*



Junto a Salvador Sarduní en Media Luna, 1938.



En Cayo Nuestro, Graciela, Pedro Álvarez, Alma Cañete, Celia y Silvia, Manzanillo, 1939.



Disfrutan las aguas de Cayo Nuestro con sus amigos, Celia, Silvia y Graciela, Manzanillo, 1939.



Con las hermanas Llópiz y otras amigas de excursión en el central Estrada Palma, hoy Bartolomé Masó Márquez, 1940.



En el hermoso patio de la casa de Pión donde acostumbran a reunirse familiares y amigos. Detrás Flavia, Berta Llopiz, Luis Fernández Soriano, Acacia y Griselda; delante Pedro Cossío y Celia, 1941.



De paseo por La Habana con una amiga, 1941.



En el museo Emilio Bacardí, Santiago de Cuba, 1942.



En Santiago de Cuba, 1942.



Junto a Martha Lasco Vázquez en Pilon, 1946.



La acompaña Teresa Lamadrid Díaz en El Laguito, La Habana, 1940.



En el jardín de la casa de Pión con su sobrino José Pepín Sánchez, 1947.



Sostiene entre sus brazos a los niños de su hermana Graciela, Manzanillo, 1947.



Reunión de militantes ortodoxos. Entre el grupo se encuentran Israel Pela, Celia, Juan Sánchez Ramírez y Amparo de la Guardia, Niquero, 1947.



Durante su visita a la ciudad de Nueva York en septiembre de 1948.



Las cuatro mujeres que participarán en la develación del busto hacen guardia de honor el 19 de mayo de 1953 ante los restos de Martí en el cementerio de Santa Ifigenia. A la izquierda las hermanas Emérita y Sila; a la derecha, Jilma y Celia.



Alistados para la expedición al pico Turquino donde han de erigir el busto del Apóstol, las hermanas Emérita y Sila Segredo Carreño, alumnas del Seminario Martiano; Jilma Madera Valiente, escultora; Antonio Moreno, administrador de la finca el Turquino; doctor Manuel Sánchez Silveira; arqueólogo y periodista, Roberto Pérez Acevedo; y Celia, Santiago de Cuba, 19 de mayo de 1953.



Celia y Jilma Madera en el pico Turquino, 21 de mayo de 1953.



Pilón, 26 de julio de 1954.



De sus manos, los niños han recibido juguetes por el Día de los Reyes Magos, Pilón, 1955.



Manzanillo, 1955.

Lucha guerrillera

1957-1958



En una de las casas de Manzanillo que utilizara como centro de operaciones clandestinas durante los meses junio-julio de 1957.



Grupo de combatientes: Abelardo Colomé Ibarra, Enrique Escalona, Camilo Cienfuegos Gorriarán, Celia, Raúl Castro Ruz, Juan Almeida Bosque, Guillermo García Frías, Jorge Sotús Romero, Universo Sánchez Álvarez: agachado Luis Crespo Castro, El Hombrito, Sierra Maestra, mayo de 1957.



Afanada en sus apuntes en plena Sierra Maestra, 1957.



Luis Felipe Cruz Castillo, *Juan Pescao*, ayuda a Celia a cruzar el río La Plata, 1957.



Muestran la insignia nacional, Ciro Redondo García, Celia, Enrique Ermus González, Crencio Pérez Montano y Universo Sánchez Álvarez, octubre de 1957.



Entre otros combatientes, participan en el juicio a personas implicadas en casos de bandidaje, René Ramos Latour, Celia, Fidel, Camilo Cienfuegos Gorriarán, Juan Almeida Bosque y Guillermo García Frías, El Coco, octubre de 1957. (Foto Andrew St. George.)



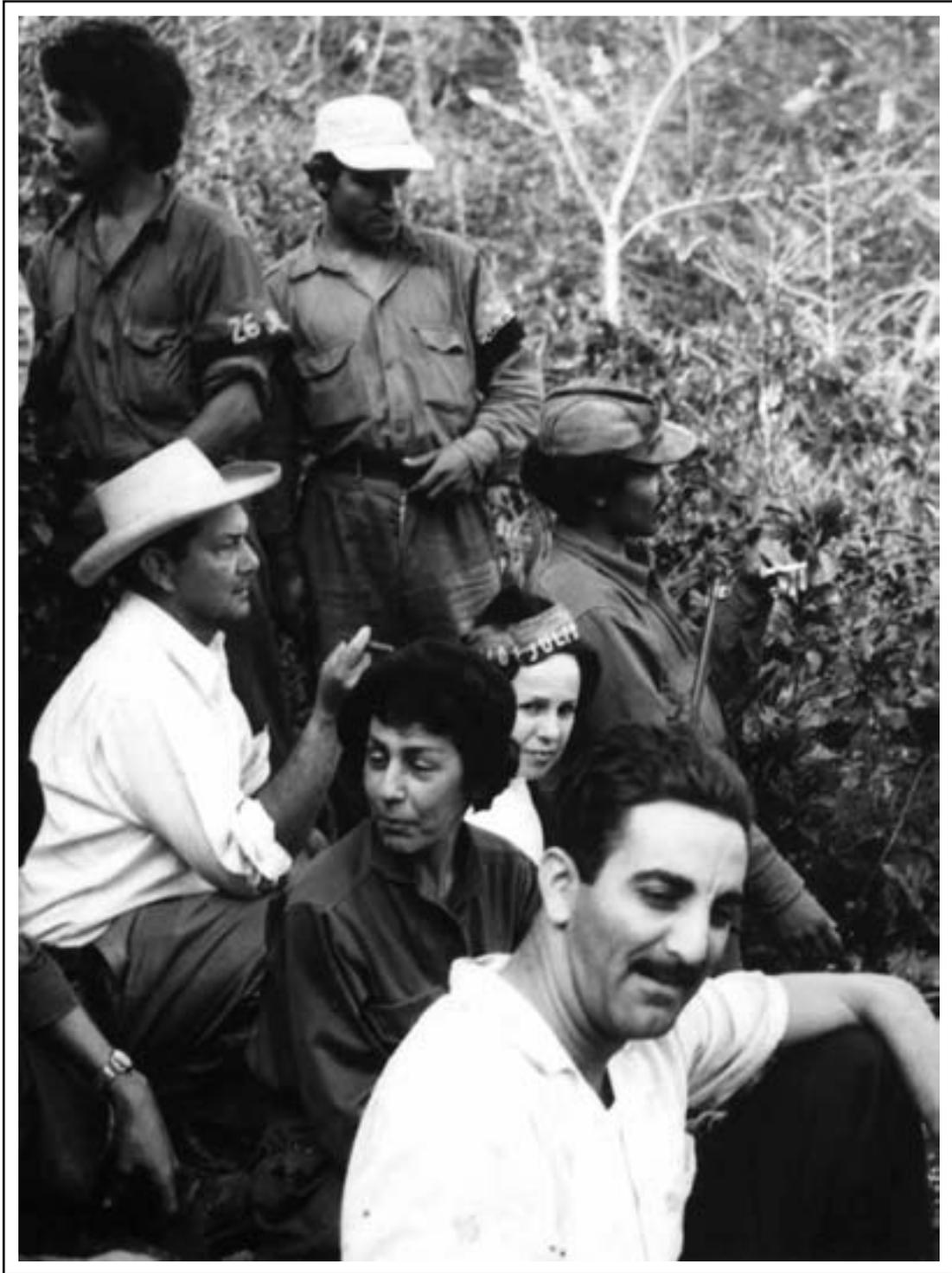
Sierra Maestra, 1957.



Sierra Maestra, 1957.



En la casa del colaborador Clemente Verdecia, durante el bautizo de Eugenia Palomares, hija del combatiente caído en Palma Mocha. La pequeña en los brazos de Celia; realiza la ceremonia el cura Guillermo Sardiñas; con ellos se encuentran Luis Borges Alducín —dentista— y otro combatiente...



Celia, Pilar Fernández Soto y otros combatientes en Guayabal de Nagua, marzo de 1958.



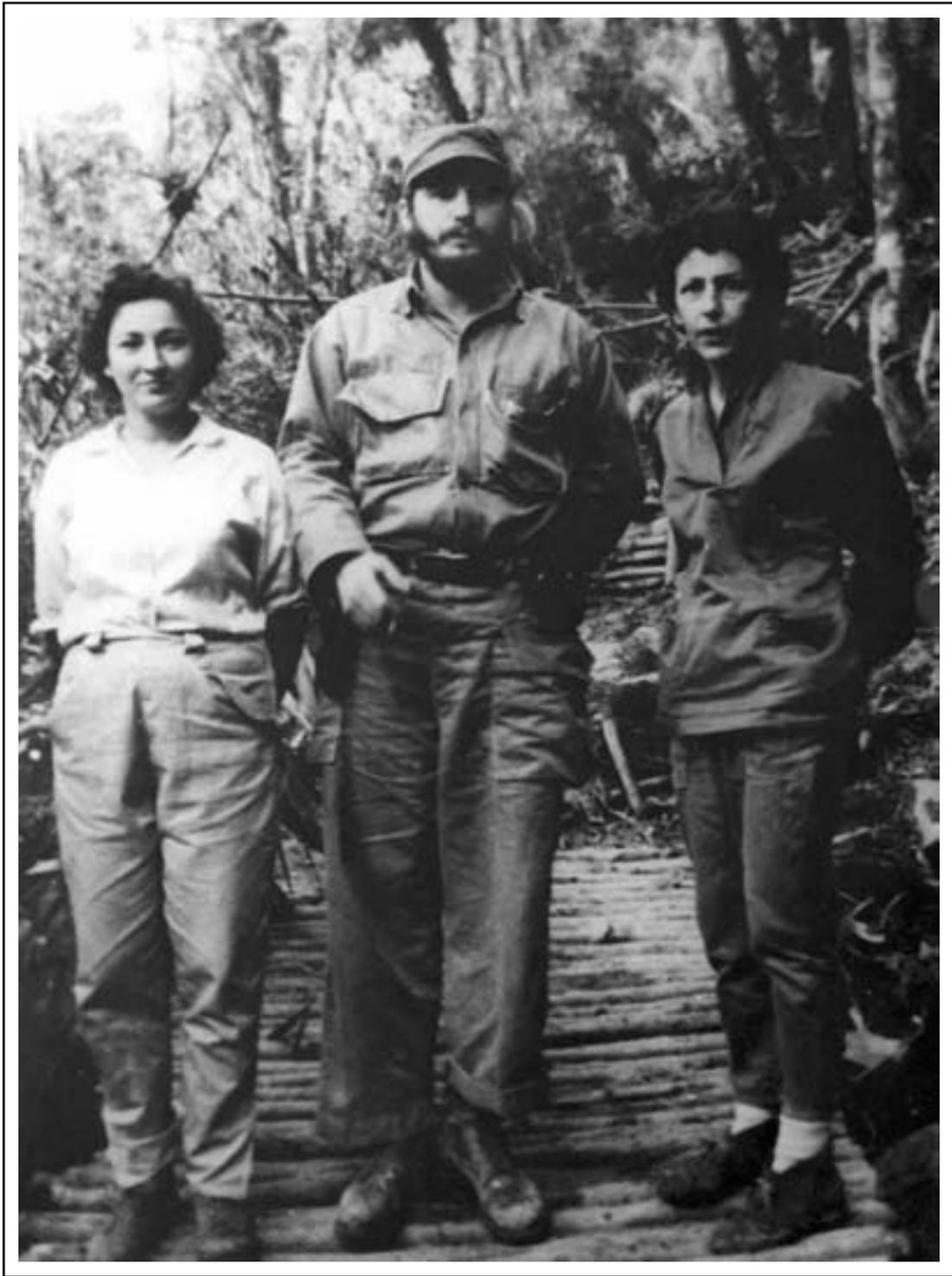
Entre combatientes y colaboradores, Haydée Santamaría Cuadrado, Celia, Vilma Espín Guillois, Nassim Hadad, Fidel, Faustino Pérez Hernández, y detrás, René Ramos Latour, Marcelo Fernández Font y David Salvador, participantes en la reunión de la dirección nacional del MR-26-7, en El Naranjo, Santo Domingo, marzo de 1958.



En casa de Bismark Reyna, Vegas de Jibacoa, mayo de 1958.



Acacia y Celia en la Comandancia de La Plata, 1958.



Sonia Martínez, destacada combatiente clandestina, junto a Fidel y Celia, La Plata, septiembre de 1958.



En la Comandancia de La Plata, septiembre de 1958.



Celia, Fidel, los capitanes Eddy Suñol Ricardo y Francisco Cabrera Pupo a la izquierda, y por este orden, integrantes del pelotón Mariana Grajales: Dolores Feria Reyes, Edemis Tamayo Núñez, Delsa Teté Puebla Viltres, Isabel y Lilia Rielo Rodríguez.



Junto a las muchachas del pelotón Mariana Grajales: a su derecha Ángela Antolín; Lilia Rielo Rodríguez, Delsa Puebla Viltres e Isabel Rielo Rodríguez a su izquierda, diciembre de 1958.



Con Fidel y Celia, Felipe Guerra Matos, Pedro Miret Prieto y otros combatientes, Palma Soriano, diciembre de 1958.



Celia y René Pacheco Silva y otros combatientes en el batey del central América —hoy América Libre—, diciembre de 1958.



Junto a Manuel Oporto, Sotardo Díaz, Fidel Vargas en el central Palma, diciembre de 1958.

En la Revolución

1959-1979



Con su hermana Acacia en Palma Soriano, 1.º de enero de 1959.



En Palma Soriano, 1.º de enero de 1959.



Con sus hermanas Griselda y Acacia en Palma Soriano, 1.º de enero de 1959.



Reunión previa al encuentro del Comandante con el coronel Rego Rubiedo, jefe de la plaza militar de Santiago de Cuba. De pie, el fotógrafo de la Universidad de Oriente Elías Sánchez, y los comandantes Augusto Martínez Sánchez y Luis Crespo Castro; sentados Fidel, Celia, Raúl y otros combatientes que también escuchan con atención, El Escandel, Santiago de Cuba, 1.º de enero de 1959.



Con su hermana Acacia en la casa de Arsenio Cervea, Santiago de Cuba, 1.º de enero de 1959.

Durante la Caravana de la Libertad



Con Edith Romagosa y otras colaboradoras en su paso por Bayamo, 2 de enero de 1959.



Fidel Castro, Camilo Cienfuegos, Randol Cossío y Celia en Bayamo, 2 de enero de 1959.



El periodista norteamericano Herbert Matthews, Celia y Fidel en Camagüey, 5 de enero de 1959.



Conversa con una periodista francesa; la acompaña el comandante Augusto Martínez Sánchez, enero de 1959.



En Santa Clara, 7 de enero de 1959.



Otros momentos del trayecto hacia La Habana. Debajo Jorge Enrique Mendoza y Orestes Valera Varela, locutor de Radio Rebelde, Santa Clara, 7 de enero de 1959.



Entre el grupo, Felipe Guerra Matos. Celia conversa con el doctor Bernabé Ordaz, enero de 1959.



Entre los victoriosos fusiles, Celia, Fidel, Orlando Pupo, Augusto Martínez Sánchez, Santa Clara, 7 de enero de 1959.

Año de la Liberación 1959



Con los comandantes Calixto García Martínez y Ernesto Che Guevara.



Fidel y Celia en la cienága de Zapata, 16 de marzo.



Vilma Espín, Haydée Santamaría y María Josefa Ruiz despiden a Celia en el aeropuerto de Rancho Boyeros, en ocasión del viaje a Estados Unidos, como parte de la delegación que acompaña al Comandante en Jefe, invitado en el mes de abril por la Asociación de Editores de Prensa de ese país. (Foto Raúl Corrales.)



En Estados Unidos. (Foto Raúl Corrales.)



Momentos de la visita a Estados Unidos. (Foto Raúl Corrales.)



Estados Unidos.



Frente al monumento de Abraham Lincoln.



Con Herbert Matthews y Fidel en la sede de la delegación de Cuba ante Naciones Unidas, Nueva York, abril de 1959.



De visita a la hacienda Cortina en Pinar del Río.



Durante el ascenso a La Plata para la firma de la Ley de Reforma Agraria, Sierra Maestra, 17 de mayo.



Celia, Luis Crespo Castro, Antonio Núñez Jiménez, Fidel y detrás el fotógrafo Raúl Corrales 17 de mayo



La Plata, Sierra Maestra, 17 de mayo de 1959.



En La Plata, Sierra Maestra, 17 de mayo.



Llegada al aeropuerto de Camagüey en el mes de junio.



Dos momentos de la fundación de la agencia informativa Prensa Latina: mientras disfruta de la interpretación de Carlos Puebla junto a Jorge Ricardo Masetti, director, y demás compañeros; debajo Celia conversa con Masetti y otros trabajadores de la agencia, 16 de junio.



Fotografía de estudio autografiada por Celia, 14 de octubre de 1959.



Celia y el comandante Dermidio Escalona, octubre de 1959.



Durante la búsqueda del comandante Camilo Cienfuegos Gorriarán, en el mes de octubre. Entre Fidel y Celia, el jefe de la Cruz Roja.



En la casa de la fiel colaboradora del M-26-7 María Antonia Figueroa, Santiago de Cuba, 30 de noviembre.



Momento de descanso durante uno de los habituales recorridos por Santiago de Cuba.



Instante en que le entrega un ramo de flores a Marta Viñuelas, reina de la feria ganadera en Bayamo. Disfrutaron del momento, los comandantes Calixto García Martínez, Fidel, Juan Almeida Bosque, Cuca Fajardo y el doctor René Vallejo Ortiz.



Con el arquitecto Mario Girona Fernández, doctor René Vallejo Ortiz y otros colaboradores durante la construcción del centro turístico de Guamá, ciénaga de Zapata.



A su lado Lupe Velis y Antonio Núñez Jiménez, padres de la pequeña que sostiene en sus brazos. Con espejuelos, el piloto René Otero Moraguz, La Habana.





Con María de la Concepción Fernández, secretaria del Comandante, y Tania Sastre en ocasión de la gira por América del Sur como parte de la delegación cubana, Río de Janeiro, Brasil.

A partir de 1960



Entre el grupo de compañeros que visitan la tumba del combatiente Geonel Rodríguez Cordoví, se encuentran: Fidel, los comandantes Orlando Pupo y Manuel Piti Fajardo, Celia y el capitán José Rebellón Alonso, presidente de la FEU, La Plata, Sierra Maestra, 6 de enero de 1960.



Durante el recorrido por la Sierra Maestra conversan con Fidel, el doctor René Vallejo Ortiz y Manuel Piti Fajardo, mientras Celia dialoga con un combatiente no identificado, enero de 1960.



Momento de descanso en su andar por la Sierra Maestra: Luis Crespo, Manuel Piti Fajardo, Celia y Fidel, enero de 1960.



Entre miembros del Ejército Rebelde, en la cima del pico Turquino, Rafael Fenguito Boza Girarte, Celia, Aníbal Hidalgo Puig, escolta; Pedro Orlando Pupo Peña, Fidel, Antonio Núñez Jiménez, Segundo Crespo y Alcibiades Álvarez Paneque, enero de 1960.



Che e Israel Díaz González, su escolta; Celia y Lupe Velis durante una función de teatro, 23 de julio de 1960.



Celia; José Pepín Naranjo Morales, ministro de Gobierno; Fidel y Juan Almeida en la celebración del vii aniversario del asalto al cuartel Moncada, Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, Caney de las Mercedes, 26 de julio de 1960.



Fidel, Celia y Vilma Espín en la fundación de la Federación de Mujeres Cubanas, teatro de la CTC, 23 de agosto de 1960.



Celebración del 1.º de Mayo, Plaza de la Revolución, 1961.



Celia y Elena Gil durante un recorrido por las instalaciones de los planes especiales Makarenko y Ana Betancourt, 1961.



Dos momentos de la celebración del viii aniversario del asalto al cuartel Moncada. Arriba con Haydée Santamaría a su derecha y detrás Domingo Corujo Cortés, escolta del Comandante. Debajo con Melba Hernández Rodríguez del Rey, La Habana, 26 de julio de 1961.



Celia y Vilma Espín en la Jornada de la Infancia, Ciudad Deportiva, 4 de junio de 1962.



Entre los que presiden el evento, Celia, Vilma Espín, Fidel, y Fany Edelman, presidenta del Congreso de Mujeres de toda América, teatro Chaplin, 15 de enero de 1963.



Nancy Núñez, Celia y Elena Gil, entre otros participantes al acto por el Día de las Madres en el Plan Los Mayitos, mayo de 1963.



Junto a Yuri Gagarin, primera persona en viajar al cosmos, en ocasión de su visita a Cuba, y el doctor Armando Hart Dávalos, octubre de 1963.



Celia, Vilma Espín, Valentina Tereshkova, primera mujer cosmonauta, y una de sus acompañantes, durante la visita que realizara a Cuba el 1.º de octubre de 1963.



Fotografía autografiada por Celia, la Gran Piedra, Santiago de Cuba, 1.º de octubre de 1963.



Celia; Luis Manuel González García, escolta del Comandante; Arnón Pompa Álvarez y otros combatientes de recorrido por las zonas orientales del país, 1963.



Domingo Corujo, Marina *la Gallega* Alonso y Celia durante una visita de trabajo a Santa María del Mar, 1964.



Conversa con Melba Hernández y Haydée Santamaría, ambas combatientes moncadistas, en una concentración popular en la Plaza de la Revolución, 1964.



Dos momentos de la zafra del pueblo, 1965.



En la celebración del xii aniversario del asalto al cuartel Moncada, Faustino Pérez Hernández, Carlos Rafael Rodríguez, Orlando Borrego Díaz —detrás—, Aleida March, Aleidita Guevara, Olga Guevara Pérez y Celia, Santa Clara, 26 de julio de 1965.



Celebran el cumpleaños de Fidel, Celia; Osvaldo Dorticós Torrado, presidente de la República; Emilio Aragonés Navarro; José Pepín Naranjo Morales; Luis Arrechea, secretario de Dorticós; y Jesús Montané Oropesa, 13 de agosto de 1965.



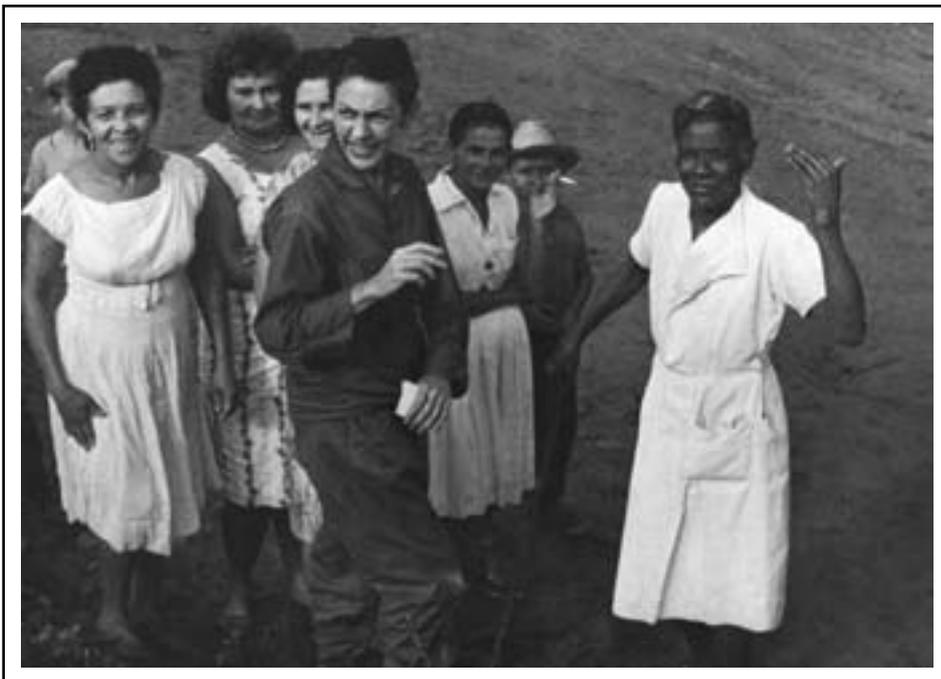
Celia y Jorge Risquet Valdés recorren la provincia de Oriente, noviembre de 1965.



Celia reparte helado en ocasión de la primera graduación de médicos de la Revolución, Sierra Maestra, 1965.



Bienvenido Chicho Pérez Salazar, jefe de la escolta del Comandante, Celia y Armando Acosta Cordero en el pico Turquino, durante la primera graduación de médicos de la Revolución, noviembre de 1965.



Dos momentos del recorrido de Celia por la Sierra Maestra en ocasión de la primera graduación de médicos de la Revolución.



Se toma un descanso junto a los comandantes Jorge Serguera Riverí, Juan Almeida Bosque y Raúl Menéndez Tomasevich en la zafra del pueblo, 1966.



Santa María del Mar, La Habana, 1966.



Reunidas en la sede del periódico Granma, Celia y las combatientes que el pueblo identifica como las Marianas: Eva Rodríguez Palma, Ángela Antolín Escalona, Rita García Reyes, Isabel Rielo Rodríguez, Dolores Fera Reyes, Norma Ferrer Benítez, Lilia Rielo Rodríguez, (Celia), Delsa Puebla Viltres y Olga Guevara Pérez, agosto de 1967.



Con integrantes del pelotón Mariana Grajales en el Instituto Técnico Militar, 24 de agosto de 1967.



En la celebración de los «quince» de Gladys Pérez Pérez, hija del mártir Ignacio Pérez, La Habana, 16 de septiembre de 1967.



Zafra del pueblo, 1967.



En la sede de la Federación de Mujeres Cubanas, Celia y Vilma Espín se reúnen con combatientes vietnamitas, 1967.



Recepción en el Palacio de la Revolución con motivo de la visita de combatientes vietnamitas a Cuba. Participan en el brindis los artistas plásticos Wifredo Lam y el chileno Roberto Matta, 1967.



Otro momento de la recepción con las combatientes vietnamitas, 1967.



Dos momentos de su encuentro en el periódico Granma con médicos guerrilleros. En la fotografía de arriba, Celia y el doctor Humberto Castelló Aldania; debajo los doctores René Vallejo Ortiz, Oscar Fernández Mell, Sergio del Valle Jiménez y José Ramón Machado Ventura, 13 de noviembre de 1967.



Fidel, Faustino Pérez Hernández, Celia, el doctor René Vallejo Ortiz, el secretario del Partido de Sancti Spíritus y el ingeniero Ramón Daría Tesé mientras recorren planes agrícolas del territorio, 1969.



Entrega del carné del Partido Comunista de Cuba al comandante Bernabé Ordaz Ducunge en el Hospital Psiquiátrico de La Habana, 1969.



En su casa en el Vedado con René Pacheco Silva, director de la Oficina de Asuntos Históricos, 1969.



En la Oficina de Asuntos Históricos junto al colaborador mexicano Arsacio Vanegas quien le entrega objetos que pertenecieron a los expedicionarios del *Granma*.



En la Oficina de Asuntos Históricos mientras el pintor René Portocarrero realiza los vitrales que posteriormente adornarían el restaurante Las Ruinas del Parque Lenin, 1970.



Muestra a Fidel las propuestas de uniformes escolares para las Escuelas en el Campo, Ministerio de Educación, La Habana, 1971.



Gonzalo Camejo, Aeropagito Montero, Celia, Ángela Antolín, Walfrido Pérez, Tomás Titón Gutiérrez Alea, Otto Hernández y demás colaboradores en el recorrido para la reconstrucción de la Batalla de Guisa con interés fílmico, 1972.



Celia junto al pescador Gustavo Navea Torres, Pilón, 1972.



Con los periodistas Luis Báez y Gabriel Molina durante su viaje a la República Democrática Alemana, 1972.



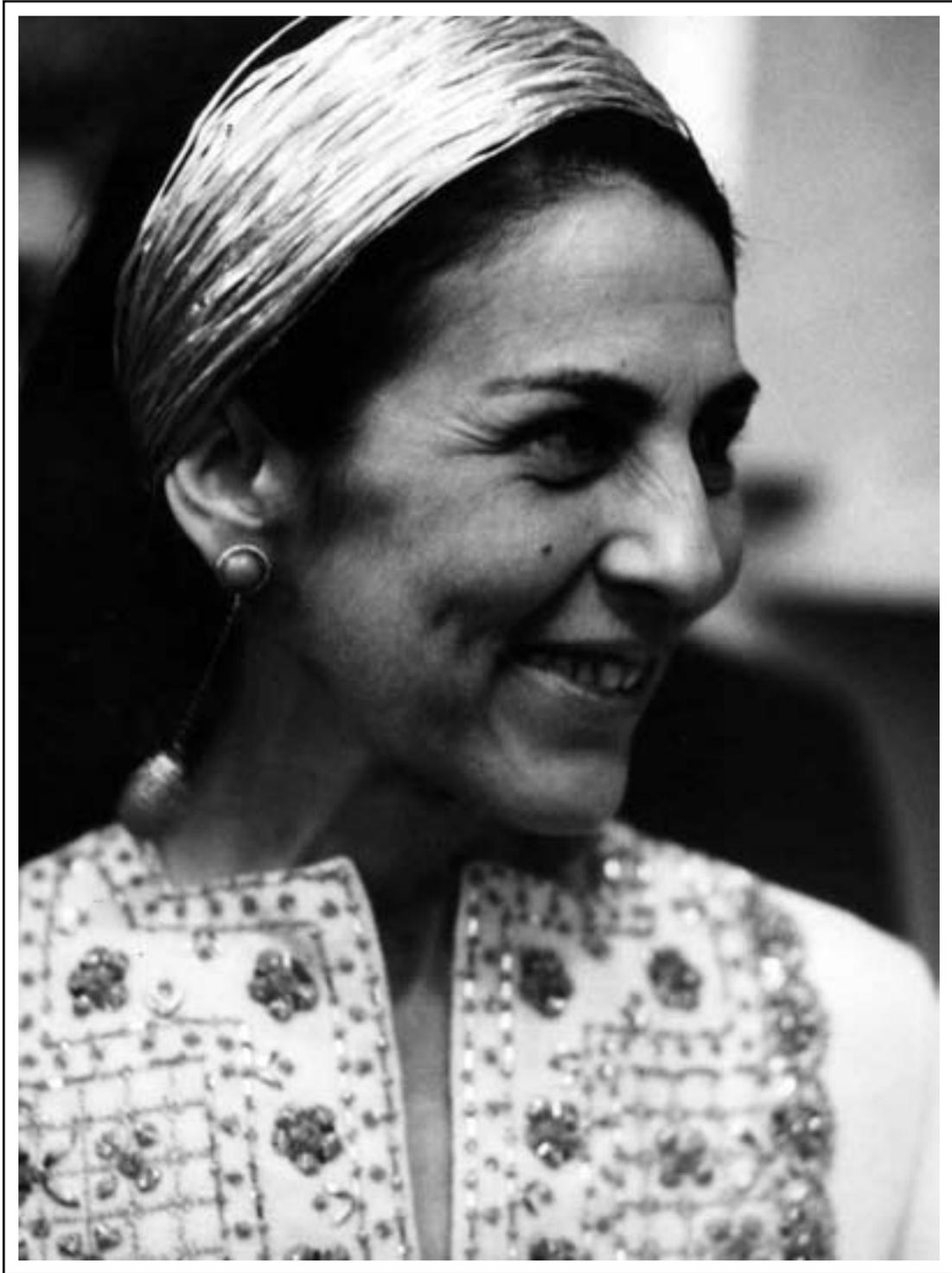
Recorrido por las calles en su viaje a la República Democrática Alemana, 1972.



Día de reunión de trabajo en la Oficina de Asuntos Históricos, 1972. (Fotógrafo Albero Sabio.)



Junto al comandante Juan Almeida, 1972.



Celia, 1972.



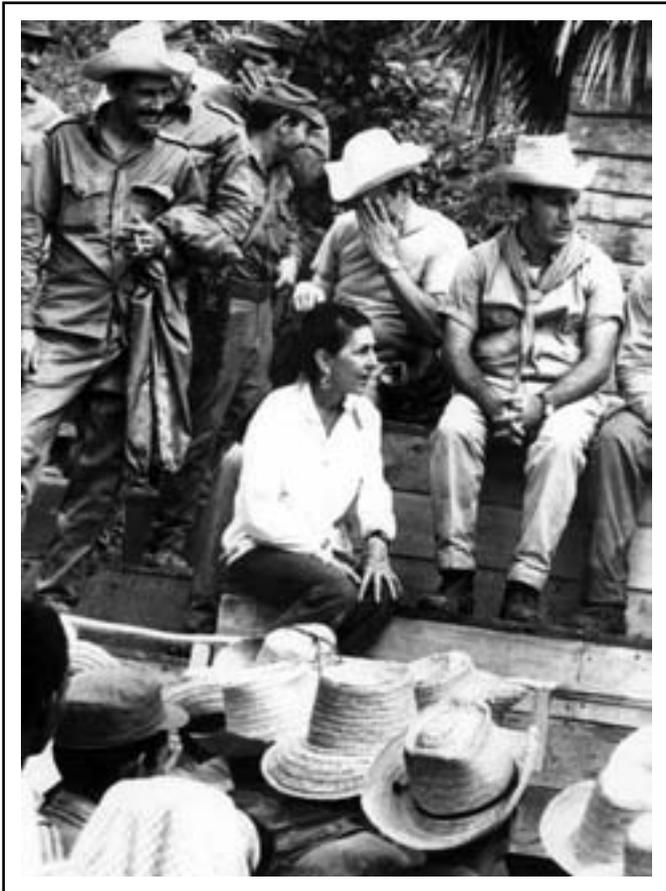
Visita a Santiago de Cuba el 25 de julio de 1973, víspera del xx aniversario del asalto al cuartel Moncada. Arriba con Oscar Alcalde Valls y Melba Hernández Rodríguez del Rey, moncadistas; debajo con René Rodríguez Cruz, expedicionario, y Manuel Piñeiro Losada, combatiente del Segundo Frente Oriental Frank País.



Osvaldo Dorticós Torrado, Fidel, Raúl y Celia en el aeropuerto de Rancho Boyeros, 1973.



Reunión de trabajo en la Oficina de Asuntos Históricos, 1974. (Fotógrafo Albero Sabio.)



Momentos de la actividad organizada por el xv aniversario de la firma de la Ley de Reforma Agraria. Celia conversa con campesinos; debajo con Jesús Montané Oropesa, Juan Almeida Bosque y René Rodríguez Cruz, 17 de mayo de 1974.



Celia en la clausura del Segundo Congreso de la Federación de Mujeres Cubanas, efectuada en el teatro Lázaro Peña, 29 de noviembre de 1974.



En ocasión del acto central en conmemoración del xxii aniversario del ataque al cuartel Moncada. Celia conversa con Hortensia Bussi, viuda del presidente chileno Salvador Allende; debajo con Haydée Santamaría, Santa Clara, entonces provincia de Las Villas, 26 de julio de 1975.



En Santa María del Mar. Esta fotografía fue tomada por su sobrino Carlos Enrique Gómez Sánchez, 1978.



Celia preside la asamblea municipal del Partido Comunista de Cuba efectuada en la ciudad escolar Camilo Cienfuegos, municipio Bartolomé Masó, septiembre de 1975.



Junto a René Rodríguez Cruz durante la clausura del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, teatro Karl Marx, 22 de diciembre de 1975.



Celia y Raúl en una recepción en el Palacio de la Revolución, diciembre de 1975.



Junto al doctor José M. Miyar Barruecos en el Palacio de la Revolución, 1975.



Instante en que ejerce su voto en el referendo que aprobó la Constitución de la República de Cuba, febrero de 1976.



Junto a Fidel y los niños Dayamí Hernández Escalona y los hermanos Mario y Odalys Hernández Socorro en la calle 11, Vedado, La Habana, febrero de 1976.



Celia, Haydée Santamaría y Melba Hernández en la Casa de las Américas, octubre de 1976.



Asamblea municipal del Poder Popular, Manzanillo, Granma, 2 de noviembre de 1976.



Mientras recorren las áreas del campamento de pioneros José Martí, Tarará en su inauguración, La Habana, 2 de enero de 1977.



Celia con mujeres nativas durante su viaje a la República Popular de Angola, marzo de 1977.



Con María Eugenia, viuda de Agostinho Neto y Fidel durante el recorrido a la República Popular de Angola, marzo de 1977.



Junto a Máximo Andi3n, quien dirigi3 las obras en ejecuci3n en Luanda, la ingeniera Gina Guerra, Fidel y miembros de la escolta del Comandante, en la Rep3blica Popular de Angola, marzo de 1977.



Con combatientes y colaboradores cubanos en la República Popular de Angola, marzo de 1977.



Celia es condecorada por Raúl Castro Ruz con la medalla xx aniversario de las FAR, 8 de marzo de 1977.



Con el comandante Faustino Pérez y otros compañeros durante la asamblea municipal del Poder Popular, Manzanillo, Granma, 12 de junio de 1977.



Sonrientes escuchan al doctor Zoilo Marinello Vidaurreta, el cosmonauta Vladimir Shatalov y Celia, Palacio de la Revolución, 1977.



En su casa del Vedado con la niña Celia Gutiérrez, 1978.



La acompañan Cayita Araujo y María Antonia Figueroa en la Oficina de Asuntos Históricos, 1978.
(Fotógrafo Raúl Corrales.)



En el parqueo de la Oficina de Asuntos Históricos con trabajadoras de la institución: Elsa Montero Maldonado, Ángela Antolín Escalona, Elsa Castro Mestre y Ana María Céspedes Olivares, 1978. Sonríen a su compañera Nelsy Babel Gutiérrez sin imaginar que la fotografía tomada, además, por el niño Rosendo Lugo Céspedes, formaría parte de esta compilación que Nelsy comparte autoría con María del Carme Remigio Montero.



De pesca en Marea del Portillo, Pilón, agosto de 1978.



Con René Pacheco, Delsa Puebla y Pedro Álvarez-Tabío durante la condecoración a campesinos que brindaron su colaboración a los expedicionarios del *Granma*, hotel Mar Azul, La Habana, diciembre de 1978.



Testigo de la boda de Ondina Menéndez, una de las *muchachitas* que vivían con Celia, abril de 1979.



Durante un trabajo voluntario en el vivero del Wajay, abril de 1979.



Con Blas Roca, Juan Almeida y combatientes sandinistas en el acto por el xxvi aniversario del asalto al cuartel Moncada, Holguín, 1979.



Entrega la condecoración del Minint a sus colaboradoras Ernestina González y Ana Irma Escalona, en su casa del Vedado, 13 de agosto de 1979.



Celia junto a Leonel Soto Prieto y Juan Almeida Bosque como miembros de la delegación cubana a la Sexta Cumbre de Países No Alineados, septiembre de 1979.



En la Asamblea General de las Naciones Unidas junto a Isidoro Malmierca, José A. Naranjo, Osmani Cienfuegos y Carlos Rafael Rodríguez en Nueva York, 12 de octubre de 1979.



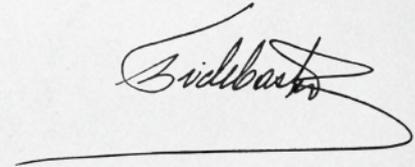
Armando Hart Dávalos, Celia, Ramiro Valdés Menéndez, Juan Almeida Bosque, Vilma Espín Guillois, Haydée Santamaría Cuadrado y José Ramón Balaguer en el acto en conmemoración del xxxiiii aniversario del alzamiento de Santiago de Cuba, 30 de noviembre de 1979. Última aparición pública de Celia.

Índice

	7
Infancia en Media Luna. 1920-1934	19
Adolescencia en Manzanillo. 1934-1937	27
Juventud en Pión y primeras inquietudes políticas. 1938-1955	30
Lucha guerrillera. 1957-1958	42
En la Revolución. 1959-1979	54



**... que esta Oficina de Asuntos Históricos
sea siempre un monumento vivo
a la obra fecunda y la imperecedera
memoria de Celia.**



Estimado lector:

La Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado fue creada por Celia Sánchez Manduley el 4 de mayo de 1964, como culminación institucional a la labor que inició durante la Guerra de Liberación Nacional para el rescate y conservación del patrimonio documental de la Revolución Cubana.

Atesora gran cantidad de originales: fotos, documentos, grabaciones, objetos —fundamentalmente del periodo 1952-1959—, así como un extenso volumen de prensa clandestina y de publicaciones periódicas del mismo tiempo. Igualmente conserva manuscritos de José Martí, su iconografía y la más numerosa colección de las ediciones príncipes de su obra.

La institución desarrolla investigaciones científicas sobre la etapa insurreccional y los primeros años de la Revolución; brinda servicios de biblioteca, fototeca, hemeroteca y de consulta de documentos; ofrece asesoramiento sobre temas de historia e información a distancia.

A nombre del sello *Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado* edita y comercializa libros sobre la etapa mencionada y el pensamiento político del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Cuenta, además, con la emisión mensual del *Boletín Revolución* (electrónico) y la revista impresa *Cinco Palmas*, de frecuencia anual.

Nuestro colectivo acoge con interés sus criterios y sugerencias, y agradece las donaciones de documentos y objetos relacionados con el fondo patrimonial que conservamos.

La Editorial

Catálogo editorial

- *Celia: alas y raíces*. Nelsy Babel Gutiérrez y María del Carmen Remigio (compiladoras), 2011.
- *De mi alma un instante. Poemas y dibujos de Frank País*. Armando Gómez Carballo e Ileana Guzmán Cruz (compiladores), 2011.
- *Fidel Castro ante los desastres naturales. Pensamiento y acción*. Luis Enrique Ramos Guadalupe, 2011.
- *El retorno anunciado*. Heberto Norman Acosta, 2011.
- *La lección del Maestro*. Carmen Castro Porta, 2010.
- *Mártires del Granma*. Juan José Soto Valdespino, 2012.
- *De cara al sol y en lo alto del Turquino*. Carlos M. Marchante Castellanos, 2012.
- *Collar de piedras*. Tomás Cárdenas García y Naida Orozco Sánchez, 2012.
- *El Moncada, la respuesta necesaria. Versión ampliada y modificada*. Mario Mencía Cobas, 2013.
- *Quinteto Rebelde*. Norberto Escalona Rodríguez, 2013.
- *Guisa: estrategia y coraje*. Juan José Soto Valdespino, 2013.
- *Camilo eternamente presente*. Edimirta Ortega Guzmán (compiladora), 2014.
- *Lucharemos hasta el final*. (Cronologías de 1955 a 1958). Rolando Dávila Rodríguez, 2011, 2012, 2013 y 2015.
- *Revista Cinco Palmas*, números 1 al 4 (años 2014-2017).
- *Santiago siempre Santiago*. Hugo Rueda Jomarrón, 2015.
- *Enrique Hart Dávalos. Vitalidad inquieta y desbordante*. Héctor Rodríguez Llompart, 2015.
- *Entre espinas, flores. Anecdótico*. Carlos M. Marchante Castellanos, 2015.
- *Julio 26. Monumentos en la carretera de Siboney*. Augusto Rivero Mas, 2015.
- *Mártires del Goicuría*. Clara Emma Chávez Álvarez, 2016.
- *La historia me absolverá. Edición anotada. Fidel Castro Ruz*. Eugenio Suárez Pérez (compilador), 2016.
- *La palabra empeñada. El exilio revolucionario cubano 1953-1956*. Heberto Norman Acosta, 2016.
- *La epopeya del Granma*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2016.
- *Fidel en la tradición estudiantil universitaria*. Francisca López Civeira y Fabio E. Fernández Batista, 2016.
- *Mártires de La Llorona*. Daisy P. Martín Ciriano, Mirta Z. Estupiñán González y Carlos Abreu López, 2017.
- *Mártires del 5 de Septiembre*. Orlando F. García Martínez y Andrés D. García Suárez, 2017.
- *Hasta siempre Fidel*. Rosa M. Elizalde Zorrilla y Ernesto Niebla Chalita, 2017.
- *Cien horas con Fidel* (cuarta edición), Ignacio Ramonet, coedición con Editorial de Ciencias Sociales, 2018.
- *Marianas nobleza y coraje*. Norberto Escalona Rodríguez (compilador), 2018.
- *Nocaut. Visita de Fidel Castro al Sur del Bronx*. Julio Pabón, 2018.